

# Comunicación, redes sociales y juventud ante el cambio social

**Mario Pedro Díaz Barrado**

Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad  
de Extremadura

## 1. Información y desarrollo tecnológico

Una de las paradojas de nuestro tiempo es que el exceso de información, provocado por el desarrollo tecnológico y por las nuevas herramientas asociadas al mismo, nos está llevando a comportamientos que, por una parte, nos permiten manejar la información de manera novedosa y positiva –precisamente por la inmensa capacidad de tratamiento y gestión de la misma– pero, por otra parte, está provocando respuestas inesperadas, y en la mayoría de las ocasiones contraproducentes, cuando queremos aplicar esa inmensa capacidad a las relaciones sociales.

Lo que se ha producido con la revolución informativa de las últimas décadas es la potenciación de un proceso en el que el hombre lleva empeñado desde el origen de su presencia sobre la tierra. Es un proceso tan repetido como asombroso a medida que va ampliándose a más esferas de la existencia humana. Nos referimos a la creación y desarrollo de herramientas que son siempre potenciadoras de las cualidades humanas.

El hombre es la única criatura que ha podido configurar un entorno artificial –aparte del natural en el que todas las especies se insertan al nacer–, es decir, que ha construido un marco de relaciones donde las propias herramientas son determinantes. Desde los primitivos útiles que apenas servían para golpear, rasgar o moldear, hasta los sofisticados recursos actuales, todas las herramientas comparten un mismo fin: constituirse en amplificadoras de las acciones humanas, unas acciones que al principio se limitaban a las propias funciones físicas, que luego se ampliaron a las funciones energéticas con la Revolución Industrial y que han llegado a todas las funciones relacionadas con la información en el último medio siglo.



A medida que las herramientas se hacen más precisas e influyen de forma determinante en la acción del hombre se va transformando el propio entorno natural. Si con las primeras herramientas apenas se podía incidir en la naturaleza y esta condicionaba hasta la vida y la supervivencia, luego los potentes recursos tecnológicos desarrollados a partir de la Revolución Industrial han llegado a alterar y a condicionar a la naturaleza y a la propia existencia humana. Pensemos en el cambio climático o en la destrucción de ámbitos privados, por citar solo dos de los aspectos más llamativos de la influencia de la tecnología, en el primer caso por el impacto energético y en el segundo por el de la información.

Podría decirse que, a estas alturas, estamos asistiendo a la conformación de un nuevo modelo humano, lo que el profesor De las Heras llamó *el hombre proteico*<sup>1</sup>, es decir, un ser humano condicionado por las prótesis o elementos artificiales que conscientemente ha integrado en su realidad cotidiana y que resultan ahora elementos fundamentales para el desarrollo de su existencia.

Este hombre proteico está muy en relación con todas las tecnologías nacidas para el tratamiento y gestión de la información, que han revolucionado nuestro entorno y han transformado desde la manera de recibir las noticias a la manera de leer los periódicos y de relacionarnos entre nosotros. El teléfono móvil, la tablet, el ordenador como *hardware*, pero también todos los recursos *software* desarrollados con su uso que no son también sino potentes herramientas para la comunicación (comúnmente llamadas redes sociales, plataformas digitales, etc.) están condicionando nuestra vida y transformando la forma que tenemos de relacionarnos entre nosotros.

---

1 Expresión que el profesor Antonio R. de las Heras empleaba en los últimos tiempos y al que queremos rendir homenaje tras su desaparición durante la pandemia.

Estas prótesis, como amplificadoras de las capacidades humanas, permiten alcanzar la esfera universal. Pero, al dejar obsoletas las formas de relación establecidas con anterioridad, configuran un nuevo universo humano que, sin estar todavía asentado del todo, ya está anunciándonos formas diferentes de vehicular las relaciones sociales.

Y como tantas veces en la historia de la humanidad, los nuevos recursos nos inducen a pensar que van a cambiar de manera radical los presupuestos de relación entre nosotros, es decir, que podemos caminar hacia sociedades más justas, más prósperas, donde se dejen atrás las miserias no solo económicas sino las derivadas de la injusticia o de la perversidad; como tantas veces a lo largo de la historia, una transformación tecnológica (y en este caso de un calibre hasta ahora desconocido) lleva a pensar en sociedades ideales donde podremos superar tantos obstáculos y problemas como los que hemos enfrentado en la historia.

Pero la novedad del proceso actual es que, a diferencia de los procesos previos donde con cada avance tecnológico se trataba construir y configurar el marco de realidad donde las diferentes sociedades se instalaban, la novedad del momento presente, decíamos, es que estamos pasando a una nueva fase de la civilización humana donde ya no se trata de escoger qué realidad es mejor puesto que es el propio principio de realidad el que está en cuestión.

Las instituciones y los marcos de relación humana que tanto han costado levantar y consolidar a lo largo del tiempo se ponen ahora en cuestión por la irrupción del mundo digital en el propio seno de la realidad social, una irrupción que altera y determina, cuando no hace desaparecer, algunas de las instituciones o los convencionalismos de relación social.

## 2. El mundo digital: un nuevo entorno

De forma evidente, son las nuevas generaciones las que más se vuelcan hacia los comportamientos derivados de la introducción de las nuevas tecnologías. Los jóvenes que han nacido ya rodeados de estas tecnologías y que, además, han sido frecuentemente sustituidas de forma cada vez más acelerada por otras que venían a arrasarlas, han desarrollado comportamientos que permiten una gran flexibilidad y capacidad de adaptación a los cambios constantes y profundos.

Ya no es la lectura sosegada del libro o del diario, que hasta hace poco en términos históricos era la forma más frecuente de acceder a la información, sino el frenético ritmo de comunicación impuesto por el móvil o la tablet el que determina las relaciones sociales, sobre todo, como acabamos de decir, entre los jóvenes. Estos cambios han inducido comportamientos presididos por un deseo constante de cambio y de aceleración informativa y las relaciones sociales se realizan ya a través de los recursos tecnológicos más que de forma directa entre seres humanos.

Aunque esto ha propiciado ventajas indudables, también ha generado problemas cada vez más evidentes. La fascinación ante las capacidades de la tecnología nos ha llevado a olvidar la complejidad de las relaciones humanas, que hemos querido reducir a un problema de simple superación del pasado con la inmensa capacidad tecnológica, pues hemos pensado –ya hemos dicho de forma reiterada que se ha producido muchas veces a lo largo de la historia– que los nuevos recursos dejarían en el olvido los problemas más acuciantes de la humanidad.

La transformación propiciada por el impacto tecnológico está creando mundos paralelos o virtuales, muchas veces incomunicados entre sí y sobre todo con la realidad. No hay diferencias entre realidad y ficción, los componentes simbólicos que son producidos por la digitalización –ahora recientemente también por la llamada inteligencia artificial, IA– crean un nuevo marco que ya no tiene anclaje en la realidad como tal. Hasta ahora la ficción existía porque estaba anclada en la realidad, se podían comparar una y otra, pero ahora el mundo digital acaba por rodearnos y envolvernos, creando algo ante lo que no podemos estar ajenos.

Las generaciones jóvenes no pueden entender los códigos que otras generaciones anteriores manejan con soltura por ser los que utilizaron en su momento, pero las generaciones adultas no comprenden lo que para ellos es un mundo complicado y abstruso, donde no valen los instrumentos que con tanto mimo y dedicación han formado parte de su existencia a lo largo de décadas.

Sin que se pueda generalizar, existe una barrera generacional que impide que unos se acerquen a lo nuevo por prevención o recelo y que otros ignoren el pasado por caduco o por simple ignorancia del mismo. Por supuesto, ante los cambios actuales, lo que para unos es banalidad y superficialidad, para otros es fascinación y un mundo de oportunidades a su alcance. Se repite de nuevo el *adanismo* con que todas las nuevas generaciones creen descubrir el mundo.

Y como en tantas ocasiones antes, la creencia en la capacidad absoluta de la tecnología nos lleva a imaginar mundos perfectos que puedan remover los obstáculos. Por supuesto los jóvenes son los más dados a pensar que esto no solo es posible sino necesario. La posibilidad de transformar la realidad de forma tan contundente hace olvidar la complejidad de la existencia humana y reduce los comportamientos sociales a simples intercambios binarios (sí/no, blanco/negro, dentro/fuera), que olvidan los matices e infantiliza las relaciones humanas.

Al mismo tiempo, es cierto que se ha generalizado una especie de cansancio hacia lo digital, todo el mundo se queja, pero a la vez nadie puede eludir la atracción hacia ese mundo que estimulan las plataformas digitales para generar adicción. Si por cualquier motivo tenemos que permanecer durante un tiempo indefinido sin poder acceder a la información, lo primero que hacemos, en cuanto es posible, es lanzarnos a por el móvil o la tablet y consultar frenéticamente la información, una información que en la mayoría de las ocasiones es banal o intrascendente.

Las empresas que se han erigido en productoras de contenido han crecido de forma extraordinaria en los últimos años, y ahora amenazan a los propios gobiernos y a los Estados y sus instituciones. También al mundo del periodismo y al de la comunicación en general, por no decir al mundo académico y educativo donde penetran sin piedad, porque frecuentemente invaden competencias y rompen los filtros o criterios que hacían que las noticias fueran contrastadas o que hubiera un mínimo respeto por la veracidad o se tendiera a la objetividad.

Ya no hay intermediación entre las instituciones y los ciudadanos, o peor aún, son estas empresas las que ejercen la labor de intermediación de forma bastarda. Al arrasar los controles se impone la mentira, que se transforma en el eufemismo de *fake news* para encubrir su verdadera naturaleza.

Las empresas que actúan en el filo de la ley o literalmente están fuera de la ley, ponen en peligro la democracia y los sistemas de convivencia que se han consolidado en Occidente a través del tiempo. Son además empresas interesadas en su negocio, es decir, a las que les preocupa sobre todo vender y para ello apelan a las emociones. Es cierto que las empresas siempre han hecho esta apelación, como comprobamos en la publicidad que lleva siglos excitando las emociones para lograr introducir el producto.

La diferencia hoy es que la emoción es casi el único objetivo y si es negativa mejor. El enfrentamiento entre diferentes crea conflictos, lo que supone el nacimiento de la polarización y de la afirmación de unos valores frente a otros, sin reflexión, siguiendo impulsos primarios.

Y sobre todo esta deriva destruye el ámbito privado. El tiempo ya no es nuestro, no es privativo de nuestro entorno, pertenece a las empresas en las que volcamos nuestras inquietudes y que nos atrapan con constantes recursos y reclamos: *Tik Tok*, *Instagram*, etc. La adicción que genera el uso de estas nuevas herramientas nos atrapa en su dinámica e impide construir mundos propios, todo es prestado o simple imitación, simplemente es un mundo fabricado *exprofeso* para que no podamos eludirlo, para que quedemos atrapados en él.

Además, los jóvenes, como es casi natural, son los más proclives a dejarse abducir por esta atracción aparentemente irresistible, sobre todo porque no conocen otro mundo, han nacido ya envueltos en él, pese que a veces la realidad se imponga de forma abrupta, como sucedió con motivo de la pandemia que hizo ver a muchos jóvenes que había algo más fuera de las pantallas, y ese algo no lo podíamos manejar a nuestro antojo.

### 3. La distopía: el futuro imaginado en el mundo digital

Frente a este panorama que llevaría a pensar que no hay alternativa a la imposición que unas pocas empresas o personas quieran efectuar, existen propuestas que, aunque muy asociadas a las manifestaciones más novedosas, introducen una crítica muy sutil y muy efectiva sobre los comportamientos actuales ante la tecnología. La

crítica más intensa en la actualidad se hace a través de *la distopía*, es decir, imaginar cómo serán las sociedades futuras, las que ya casi están al alcance de nuestra mano, pero presentándolas en toda su dimensión, con sus contradicciones y sus problemas.

Son quizás los productos más acabados del análisis racional del mundo que viene, es decir, de una descripción que se aleja de los rasgos fascinantes y maravillosos con que se suelen presentar las sociedades futuras, mostrando la cara amarga o, mejor, simplemente las contradicciones inherentes a cualquier relación social.

En definitiva, son productos que, gozando de gran popularidad, no se limitan a potenciar lo atractivo o lo llamativo mediante recursos variados, instalando nuevas formas de relación social, o si lo hacen es para mostrar luego los problemas internos que toda sociedad encierra.

Uno de los ejemplos más relevantes es la serie *Black Mirror*<sup>2</sup>, de amplio éxito en diversas plataformas digitales, que suele presentar el mundo futuro de forma casi siempre inquietante. Especialmente interesante es el primer capítulo de la tercera temporada de la serie, que se titula *Nosedive*, en español fue traducido como *Caída en picado*. Una simple historia de una chica en su día a día, presidido por las calificaciones que en su entorno se otorgan unos a otros a través del teléfono móvil y que les permite integrarse mejor o peor en la sociedad de acuerdo a esa calificación media que se establece a través de notas positivas: simpatía, educación, amabilidad; o negativas: mala educación, recelo, agresividad, etc.

Además de estimular la hipocresía, la falsa amabilidad y la empatía artificiosa, este sistema lleva a los protagonistas a una especie de angustia ante la necesidad de alcanzar objetivos que muchas veces quedan fuera de su alcance y que generan frustración constante, cuando no exclusión social. El periplo de la protagonista, desde una posición cómoda pero siempre insuficiente, le lleva a perder todos sus logros cuando la frustración por no poder conseguir lo que desea (una calificación muy alta para asistir a la boda de una antigua amiga, convertida hoy en una estrella) hace que desarrolle una respuesta agresiva que la aleja totalmente de la aceptación social y la convierte en una marginada.

Aun siendo interesante también descubrir ese mundo marginal, después de haber gozado del reconocimiento social, el mensaje del capítulo es esencialmente mostrar la imposibilidad de regir nuestra vida por la opinión de los otros. Aunque eso haya sido una constante a lo largo de la historia –todos estamos constantemente queriendo ser aceptados y reconocidos–, la inclusión de la tecnología para llevar a cabo el método de aceptación y reconocimiento social (la puntuación mediante un programa o aplicación específica) deja en evidencia la imposibilidad de estas tecnologías para captar la complejidad humana.

---

2 Creada por Charlie Brooker en 2011, el autor hizo una afirmación muy sugerente y hoy en día mucho más inquietante: si la tecnología es una droga –y se siente como tal–, entonces, ¿cuáles son los efectos secundarios?

Ese quizás es el mensaje más relevante de la serie: mostrar la limitación de la tecnología (a la que otorgamos todo el poder) para percibir los matices, generando así efectos contraproducentes que nos llevan a sociedades totalitarias y a verdaderas pesadillas sociales.

#### 4. Los mundos digitales tienen los mismos problemas que los analógicos

Pese a su apariencia y pese a la superación de la diferencia entre ficción y realidad, los nuevos mundos digitales expresan los mismos problemas y tienen ante sí retos parecidos a los de otras etapas de la humanidad.

Para comprender adecuadamente la naturaleza de esos problemas y, sobre todo, para descubrir la causa de su manifestación en el mundo digital, debemos realizar alguna reflexión previa que nos permita establecer las bases de los problemas para poder atisbar su mejor tratamiento posterior.

Para ello vamos a establecer tres conceptos: la complejidad, el conflicto y el poder. A través de ellos y del análisis de su manifestación actual podremos comprender mejor adónde nos conducen los comportamientos asociados al presente y que tan bien reflejan, como hemos comprobado, series como *Black Mirror*.

En primer lugar, hemos de constatar la complejidad de la naturaleza humana. Este concepto en la mayoría de las ocasiones se interpreta mal, se identifica con complicación, con las dificultades inherentes a toda acción humana, unas dificultades que pueden ser vencidas de una u otra forma y alcanzar la perfección. Pero la complejidad es algo más que eso, porque está en la propia naturaleza humana, forma parte constitutiva de todos nosotros y nunca podrá ser eludida, no es vencible ni superable. No se supera la complejidad, se vive con ella, se intenta avanzar en su comprensión lo más posible sabiendo que nunca podrá lograrse del todo.

Por eso es tan peligrosa la tendencia actual a la simplificación, precisamente porque la extensión del mundo digital ha camuflado la complejidad, se recurre a atajos para eludirla y se piensa que, reduciendo los problemas complejos con soluciones fáciles, podremos abordar las dificultades actuales. Y esto vale para la política, especialmente, pero también para las relaciones sociales, las económicas, etc., es mejor recurrir a lo espectacular, a lo llamativo, a lo que suscita una atención tan súbita como pasajera, para pasar luego a otro nuevo evento igualmente pasajero y efímero. En este sentido la infantilización creciente juega un papel esencial, pues la actitud infantil es la más proclive a dejarse fascinar por lo atractivo, lo llamativo, lo espectacular, pero que a la postre no es sino una carcasa vacía.

En el camino vamos constatando una especie de comportamientos melifluos, inconstantes, líquidos como los llamó Bauman<sup>3</sup>. Este tipo de comportamientos

3 Bauman, Zygmunt. (1999). *Modernidad líquida*.

está generando una nueva sociedad que aspira a vencer la complejidad, pero que se tropieza con ella una y otra vez.

En segundo lugar, deducir que de la complejidad surge el conflicto. De igual forma que la complejidad, el conflicto es inherente a la condición humana, estamos rodeados de conflictos porque nuestra relación como seres humanos es conflictiva, pero no de una forma episódica o circunstancial que puede ser superada, sino de manera constitutiva. Siempre habrá conflictos y tenemos que aprender, como de hecho hicieron otras civilizaciones, a convivir con el conflicto y no tratar de eludirlo o ignorarlo, cuando no a creer que puede superarse definitivamente con fórmulas más o menos utópicas.

Sin embargo, la sociedad digital ha potenciado la creencia de que es posible acabar con el conflicto, con los enfrentamientos, con los problemas por muy complicados que sean.

La tremenda capacidad de manejar información y de incidir sobre los aspectos sociales más diversos nos hace imaginar sociedades perfectas que constantemente se presentan a través de distopías que anuncian un mundo racional y bien ordenado, y que solo algunas series, como la ya mencionada *Black Mirror*, se atreven a criticar de manera inteligente.

La excesiva permisividad hacia esas soluciones mágicas lleva luego a la frustración social, pues los conflictos resurgen de manera recurrente. No existe una obligación de pensar siempre en soluciones fáciles, pues el mundo digital también ofrece la posibilidad de enfrentar los conflictos de forma adecuada, es decir, enfrentando su complejidad. No obstante, la sociedad digital utiliza casi siempre fórmulas suficientes para mantener a los ciudadanos en la creencia de una pronta solución de todos los problemas. Esas fórmulas nos remiten al tercer concepto: el poder.

Porque, en tercer lugar, observamos cómo los fenómenos de poder están asociados a todas las manifestaciones humanas y, por tanto, también a las nuevas relaciones sociales que a través de las redes se manifiestan de manera cotidiana, cargadas de complejidad y atravesadas por conflictos.

Solo que los nuevos fenómenos de poder tienen una manifestación aparentemente distinta, aunque es en esencia la misma: la necesidad de dominio que va de *la imposición* por la fuerza (tal vez no ya con castigos físicos o eliminación del discrepante como en otras épocas, aunque sin descartarlos) a *la servidumbre voluntaria*, es decir, un sometimiento que en apariencia se acepta sin resistencia e incluso se desea y que no es nada novedoso, pues ya fue descrito hace mucho tiempo<sup>4</sup>, aunque sí son novedad los instrumentos que se utilizan para imponerla y que se han reforzado con la emergencia digital.

Todo ello significa que, pese a que no parecemos advertirlo, se está produciendo un claro ataque a la libertad en todos los sentidos como bien demuestra el capítulo

---

4 Boétie, Étienne de la. (1574). *Discurso de la servidumbre voluntaria*.

*Nosedive* que hemos analizado. El totalitarismo está emergiendo con fuerza porque adopta otras vías más sutiles para asentarse, incluso porque voluntariamente se percibe como una solución mejor que otras, sobre todo las que implican aceptar la incertidumbre y el desasosiego que implica el ejercicio de la libertad.

## 5. Libertad frente a propaganda

Llegados a este punto, solo nos queda concluir nuestra reflexión expresando la necesidad de retomar el combate por la libertad, en esos nuevos entornos digitales, porque los discursos totalitarios están siempre dispuestos a socavar las bases de la convivencia libre y adoptan disfraces de todo tipo para homologarse con los principios democráticos.

Las nuevas herramientas y la emergencia del mundo digital han propiciado una fuerza de la propaganda hasta ahora desconocida. Es cierto que la propaganda ha sido siempre aliada del poder en su deseo de control social y que, en otras épocas, contó con enormes recursos y pudo orientar la deriva social hacia el reforzamiento autoritario (recordemos por ejemplo el caos del nazismo alemán y su aparato propagandístico).

Pero lo que sucede ahora es de una dimensión diferente. Es el propio entorno digital el que determina nuestra vida y no se detiene en ámbitos privados ni públicos. Ahora el yo ha desaparecido, son los nuevos recursos las que nos indican qué hacer y cómo hacerlo, somos incapaces de descubrir nuestro interior porque todo nos es dictado. Cuando esas órdenes no se corresponden con nuestro entramado interior surge el desarreglo mental. Somos las sociedades más prósperas y desarrolladas de la historia y sufrimos una verdadera pandemia de salud mental, porque lo que nos inducen a ser no se corresponde con un desarrollo de nuestra personalidad de forma autónoma.

Ha desaparecido el ámbito propio de cada uno, por eso cuando no tenemos a mano la tecnología o surge algún inconveniente para su uso nos sentimos perdidos, como ya hemos indicado. Quizás sea necesario recuperar cierto pudor social, un deseo de aislarse por voluntad propia y dejar de seguir la corriente que nos obliga a ser evaluados constantemente por los demás.

Tal vez la solución esté en redescubrir mundos interiores ahora vetados de forma inconsciente en la mayoría de las ocasiones. Hay filósofos que proponen la vuelta a la escritura a mano como una forma de combatir el arrastre angustioso de las tecnologías modernas. Y, por supuesto, cada vez se aboga más por la lectura como la mejor forma de enfrentarse al dirigismo social. Si hasta en internet intentan llevarnos a las lecturas, las compras o los gustos inducidos (casi siempre con interés comercial), habría que recuperar el intercambio libre y desacomplejado, desprendido de la espectacularidad o la promesa falsa.

El humanismo actual, como el del Renacimiento, tiene que reivindicar el uso de las nuevas herramientas, pero con la capacidad de adaptar el mundo a nuestras necesidades y disfrutar de él.

La noción de crisis resulta fundamental, entendida aquí como revulsivo para la humanidad: superar los desafíos. Las crisis actuales, porque siempre hemos estado en crisis permanente solo que ahora son de otra naturaleza, están en nuestro interior, pero se reflejan socialmente a través del anuncio apocalíptico de la catástrofe, porque todos somos responsables del cambio climático, de la violencia social en todos los órdenes, del derroche económico. Esto nos ha llevado a descreer de nosotros, el hombre está descontento consigo mismo, pero proyecta su frustración de manera un tanto sorprendente, a través de la queja, de la negación de la virtud, del encumbramiento del sufrimiento. Hay una victimización galopante que nos hace rehusar a la felicidad entendida como capacidad de superación. Todos mostramos nuestras desgracias y reclamamos (de nuevo como víctimas) soluciones rápidas y hasta mágicas.

La felicidad se forja sin embargo en la dificultad, en la capacidad de superación, ser felices sin más, como promesa constante que nos ofrecen las tecnologías nos conduce a un laberinto sin salida. Todo ello se refleja en el cansancio social por superarnos, estamos delegando la tarea de la superación (que ha sido la clave de la existencia humana) en las máquinas. Ahora se habla mucho de la inteligencia artificial (AI), pero en un sentido que busca delegar en ella nuestras preocupaciones, que el CHAT GPT o cualquiera otra herramienta que pueda surgir, nos resuelva los problemas a los que nos cuesta enfrentarnos. Estamos limitando nuestra ambición, de forma claramente voluntaria, pero sin medir muy bien las consecuencias.

Y lo sorprendente es que las mismas tecnologías que han provocado estos comportamientos serán sin duda capaces de estimular los mismos fenómenos creadores que han impulsado al hombre a través del tiempo. Podremos volver a disfrutar de la sencillez sin dejarnos arrastrar por la pereza que supone pensar, pues en el ejercicio del pensamiento está la defensa de los valores que sustentan la existencia humana. No debemos dar nada por hecho ni asentado, debemos cada día volver a reivindicar los valores que defendemos y contrastarlos con los otros, no debemos pensar que una vez conseguido algo podemos vivir de las rentas.

Cada día hay que renovar el entusiasmo, pero también la determinación por la defensa de la democracia y de los mecanismos que nos permiten ser libres. No podemos delegar esa tarea, porque la democracia no es una estación a la que llega el tren y ya está alcanzado el objetivo, es más bien un trayecto que nunca termina y que siempre debemos cuidar para evitar sabotajes o desvíos de la ruta, aunque esos desvíos parezcan soluciones sencillas.

No hay respuestas fáciles a preguntas complejas. La posverdad es simple mentira y, aunque la verdad sea compleja y diversa, no se puede perder el *afán de veracidad* para sustituirlo por fórmulas simples, por medidas espectaculares, por el lamento constante, que responsabiliza a otros y nunca a nosotros mismos. Quizá sea necesario volver la vista al pasado para entender nuestro presente. ■